

Gratificante provisionalidad

Como en cada capítulo, trataré de acercar al lector a lo que era mi trabajo concreto en la escuela. En la década de los ochenta estaba ya mucho más profesionalizado. Recuerdo aquellos años como los más gratificantes de mi vida como docente.

Por mucho que se diga, lo que podemos denominar **el contexto institucional** nunca es un obstáculo insalvable para poder hacer muchas cosas en el aula.

Por otro lado, **los alumnos** que tenía eran chicas y chicos de entre once y quince años, esa edad en la que tanto agradecen que no se los trate como niños.

Además, les enseñaba ciencias sociales, que era lo que me gustaba y de lo que algo sabía, si bien, **los saberes que “maneja”** en el aula no reproducían sin más los que venían en los libros de texto, ni tampoco, tal cual, los que me habían enseñado, sino que los cocinaba yo mismo lenta y cuidadosamente con ingredientes varios.

Tenía **un método** para enseñar y para observar al mismo tiempo, de modo que, de vuelta a casa, pudiera aprender de mi propio trabajo, que era lo que les decía a otros que había que hacer: enseñar con fundamentos sólidos y tener alguna estrategia para seguir creciendo profesionalmente... (pp. 227-228)

El contexto institucional

Estábamos en pleno periodo de reformas.

[...]

El centro, situado **en la Loma de Pando**, me gustaba por sus amplios espacios, sus aulas soleadas, su planta irregular, en absoluto carcelario.

Entre los colegas, como siempre ocurre, había de todo. Es cierto que, medidas las simpatías en votos, seguía yo sin cosechar muchas, pero no era tanto una cuestión personal como que se me veía como un izquierdista que podía poner en peligro esas formas de estar y hacer largamente asentadas que tanta seguridad dan a los miembros de cualquier institución. De entre ellos, el que más posibilidades tiene de facilitarte la vida o amargártela es casi siempre **el director**. El que tuve durante los cinco años que abarca este capítulo hizo, sobre todo, lo primero: facilitarme las cosas; hasta me apoyó en la novedosa creación de **un departamento de área**. (p. 228)

En la Loma de Pando



El colegio, como lugar al que dirigirse cada mañana, era un espacio muy atractivo. Situado topográficamente en una loma del terreno, ningún edificio de la ciudad impedía en aquella época que se pudiera contemplar la torre de la catedral desde los amplios ventanales de sus aulas... (p. 228)

El director



Muchas cosas de las que en aquellos años hice en el aula y en el centro no habrían sido posibles sin el consentimiento, la colaboración y hasta la complicidad, en algún caso, del director... (p. 229)

Un departamento de área

De ordinario no existía esta figura en los centros de Educación General Básica, pero el 14 septiembre de 1983, apenas iniciado el segundo curso de mi estancia en Villar Pando, reuní a un pequeño número de colegas para poner en marcha el Departamento de Ciencias Sociales del centro. Me movía el deseo de hacer cosas acordes con lo que pensaba, sobre todo con la idea de que, si los profesores sistematizaran su docencia siguiendo un esquema o modelo, de manera que fueran profundizando en todas las complejidades que tiene su trabajo, abrirían un camino muy interesante para avanzar en su desarrollo profesional; y podrían, además, apoyarse entre ellos compartiendo sus ideas en un marco no burocratizado... (p. 231)

Los alumnos

Ellos también contribuyeron al elevado grado de satisfacción con que viví aquel periodo. Eran mayores, como yo los prefería. Además, por primera vez, los tenía como alumnos durante varios cursos. Siempre que he vuelto a encontrarme con alguno de ellos pasados los años, he comprobado que los buenos recuerdos son mutuos. María del Puerto, compañera de Juan Ramón Pérez y profesora como él en la universidad, sabía de mí, sin haberme conocido, por lo mucho que Juan le hablaba de aquellas clases en las que había aprendido cosas que nunca había olvidado porque le seguían siendo útiles para entender la ciudad, según ella misma me contó el día que nos presentaron. Cuando, a propósito de esta autobiografía, me cité con él, me dejó estupefacto al traerme, perfectamente archivados, los trabajos que en su día había hecho para la asignatura de Sociales. También María José Álvarez conservó los suyos y los puso generosamente a mi disposición.

[...]

Son muchos los que he perdido de vista y de los que nunca he vuelto a saber, aunque, si me lo permite el lector, presumo que me tienen en su recuerdo en sitio similar al que yo los guardo en el mío.

Algunos meses después de escribir este último par de líneas, Yolanda y Luiña, que me reconocieron y me saludaron en una calle de Oviedo, confirmaron plenamente mi presunción.

[...]

No solo tuve alumnos en la EGB, sino que, como el lector ya sabe, los tenía también universitarios. Preparaba mis clases para ellos tan concienzudamente como las de la escuela. Los papeles y demás materiales correspondientes a unas y otras clases viajaban conmigo en el maletín, fuera camino de la escuela o de la facultad; iban en compartimentos separados, pero navegaban en el mismo barco, que no era otro que el de la coherencia.

A pesar de las numerosas insuficiencias que lastraban la organización y el desarrollo de las prácticas de enseñanza que la universidad organizaba en las escuelas, de vez en cuando algún alumno de los que venían a mis clases conseguía hacer un buen trabajo y plasmarlo en su Memoria de Prácticas. (pp. 232-233)

Eran mayores



... por fin iba a trabajar con alumnos a los que podía dirigirme sin forzar mucho mi forma de ser y de comunicarme, así como mi manera de entender la sociedad y la vida. Era muy grato entrar en clase y hablar con ellos poco menos que como iguales en su capacidad de raciocinio intelectual y moral. Por supuesto que no lo éramos, pero la distancia entre nosotros era mucho menor que con los niños pequeños, así que apenas tenía que dejar de ser como era para comunicarme con ellos... (p. 234)

Varios cursos



... Di clase, pues, a doce grupos, lo que viene a suponer en torno a trescientos alumnos. Con algunos ajustes en los que no merece la pena entrar, les enseñé Geografía Física y Humana en sexto; Prehistoria, Historia Antigua, Media y Moderna en séptimo e Historia Contemporánea en octavo... (p. 235)

Juan Ramón Pérez



... Cuando nos vimos, sacó de una bolsa un archivador azul en el que estaban todos y cada uno de los trabajos que había hecho en sus Cuadernos de Ciencias Sociales entre septiembre de 1983 y junio de 1986. No se me había olvidado el niño listo y trabajador que había sido, pero cuando de nuevo tuve sus trabajos en mis manos, me asombré de lo que un alumno de entre diez y trece o catorce años podía hacer tres décadas atrás en lo que era la Segunda Etapa de la EGB, la misma que las reformas de los gobiernos socialistas de los años ochenta eliminaron gratuitamente aduciendo, con más prejuicios que rigor, que había que elevar el nivel... (p. 236)

María José Álvarez



... En la ciudad, sobre todo si uno no reside en el barrio donde enseña, no ocurre como en los pueblos, donde el maestro y sus alumnos, pasado el tiempo de la escuela, siguen viéndose a diario, a veces durante toda la vida. A María José, como a la mayoría de sus compañeros, no había vuelto a verla, sin embargo, sin yo saberlo, llevaba consigo la más positiva respuesta a esa inevitable duda que los profesores albergamos con respecto a lo que pueda quedar de aquello que en su día pretendimos enseñar... (p. 238)

Yolanda y Luiña



... El lado emocional de la profesión también existe. Se manifiesta de inmediato en la honda satisfacción que producen las clases bien dadas, y permanece y se reaviva cualquier día inesperado con encuentros y mensajes como los de Yolanda y Luiña y otros aquí recogidos. (p. 241)

El maletín



... El maletín que llevaba conmigo a la universidad y a la escuela era la expresión material de aquel empeño, como lo era también, pero de sus intrínsecas limitaciones, el tabique de cuero que lo dividía en dos por dentro. A un lado iban los textos y los materiales de mis clases de ciencias sociales en el colegio, al otro los que preparaba para las clases de Didáctica de la Geografía en la facultad. Conseguía, sin embargo, establecer estrechas relaciones entre ambas docencias, porque preparaba las primeras utilizando los conocimientos que explicaba en la universidad e ilustraba y matizaba las segundas con lo que hacía y observaba en la escuela... (p. 241)

Memoria de Prácticas



... Isaac no solo me preguntó, sino que dedicó una parte de su trabajo a observar si mi práctica era coherente con lo que decía. Y encontró que sí, que lo era. Luego cerró el triángulo (la "triangulación" estaba muy en boga entonces) preguntando también a los alumnos. Sus respuestas aún hoy me colman de orgullo y me permiten recordar mejor por qué me sentía tan bien en aquellas clases... (p. 242)

Los saberes que “manejaba”

Sí, que “manejaba”, así como suena. Quedaría mucho mejor decir que los aplicaba, desde luego, pero no sería cierto, porque la enseñanza no es un asunto de conocimiento aplicado. Lo que metía en el maletín para llevarlo a la escuela no era lo mismo que había estudiado, sino un preparado *ad hoc* hecho con mis propias manos.

[...]

Con la **Geografía** tenía mucho trabajo hecho porque, como ya he contado, me ocupaba de su didáctica en la universidad. La **Historia**, sin embargo, fue un reto nuevo, dado que nunca la había pensado didácticamente. Pero el guiso no lo hice solo con ingredientes de ambas materias, sino que hubo otros conocimientos que crucé con ellas a fin de elaborar un qué enseñar ligado a un para qué y a un cómo. En no poca medida esos saberes los aportó la **Psicología**.

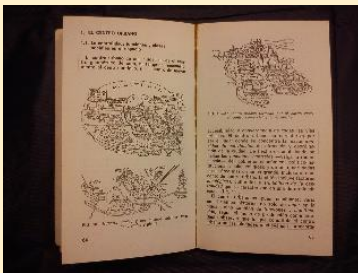
Estuvo también la **Sociología**, aunque en su caso, no para dar ideas sobre el qué hacer, sino para advertir de los límites a los que se enfrentaba

[...]

La **Teoría del Currículum** estuvo presente en lo más general y en lo más concreto, o sea, inspirando el enfoque con el que iba a trabajar y aportando orden y lenguaje a las decisiones más concretas.

Hubo también **ausencias** por mi parte, como las habrá siempre... (pp. 244-245)

Geografía



Sabía geografía. No tanto como los geógrafos que me la habían enseñado, pero la había descubierto como conocimiento al llegar a la universidad y me había aplicado en su estudio motivado por los ojos que me abrían ante un espacio hasta entonces casi exclusivamente vivido... (p. 245)

Historia



... Cuando volví a estudiar la historia para enseñarla (a reaprenderla, que diría Josexu Arrieta, antes mencionado), fue Mauro Olmeda el autor que más me ayudó a organizar dicho conocimiento siguiendo el aparato conceptual del materialismo histórico, así que es él quien se ha ganado con creces el pequeño homenaje de ilustrar esta entrada. Recientemente, gracias a las denominadas “autopistas de la información”... (p. 246)

Psicología



Sabía de psicología lo que, como autodidacta, había ido aprendiendo desde que años atrás me viera obligado a ocuparme de la didáctica de la geografía. No era mucho, dado que no la estudiaba para dominar la materia en sí, sino para pensar sobre el aprendizaje y la enseñanza, lo cual establece una relación con el conocimiento que es distinta a la que tienen quienes lo producen y difunden como tal en el marco de una disciplina y una comunidad científica determinada. Lo que yo buscaba eran saberes que me permitieran hacer propuestas de enseñanza apoyadas con argumentos académicos y no con tópicos pedagógicos, a los que consideraba más retórico-ideológicos que otra cosa...” (p. 246)

Sociología



... La sociología que leía no me servía en positivo para diseñar estrategias de enseñanza orientadas a conseguir aprendizajes en los alumnos, pero sí me ayudaba a poner balizas que me permitieran evitar los congestionados caminos de las pedagogías idealistas. Recuerdo al lector que mi propósito no se reducía al mero intento de enseñar bien, sino que, en paralelo, estaba el deseo de conocer cada día mejor todos los aspectos del trabajo en el que, circunstancias de la vida, me había metido... (p. 247)

Teoría del Currículum



... He bajado a mi biblioteca y subido conmigo al jardín los libros que, hasta 1987, me sirvieron de ayuda para dar los primeros pasos y aclararme un poco en esto que aquí llamo “teoría del currículum”. Los coloqué en el lugar que ocuparon en mi formación, o sea, entre el cielo y la tierra, entre la teoría y la práctica, y les hice una foto.

[...]
No hay profesionalidad docente que pueda desarrollarse con unos mínimos de consistencia teórico-práctica si prescinde del problema del conocimiento que podemos tener acerca de la enseñanza, de cómo ha de enfocarse su búsqueda, de qué relaciones pueden establecerse entre este y la práctica docente y de cómo procurarlas. Este tipo de lecturas, el para qué hacerlas y el conocimiento no especializado pero sí orientado a relacionarse con la práctica, es lo que años más adelante denominaría “teorías de segundo orden”... (pp. 248-249)

Ausencias



... Estoy, como ya he dicho, muy satisfecho de aquellos años de principios y mediados de los ochenta en los que, si no se puede decir que fuera el comienzo, sí que fue cuando consolidé un camino de desarrollo profesional bien concebido. Tan bien, que fue precisamente el rumbo que tomé entonces el que me permitió darme cuenta más tarde de las carencias que tenía en el momento de partir. Hubo dos muy importantes. Una fue la muy escasa atención prestada a la historia de la educación; la otra, la ausencia prácticamente absoluta en mi formación de la antropología cultural... (p. 249)

Un método

Da igual el nombre que tuviera, lo importante es que constituía el corazón del asunto, el núcleo donde bullían, inestables, partículas de teoría y de práctica. Era la plasmación, de vez en cuando escrita, de lo que hacía en el aula y, sobre todo, de cómo lo justificaba. Era la materialización del tipo de profesionalidad que defendía: ¿hay método?, ¿está escrito?, ¿está activo y evoluciona?, eran las preguntas clave, y, por mi parte, podía responderlas afirmativamente.

[...]

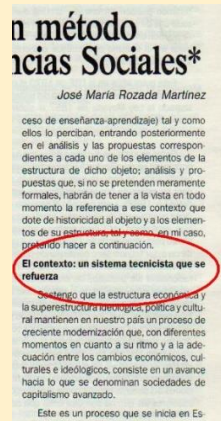
En los capítulos anteriores, a falta de documentación, tuve que fiar demasiado a la memoria, la mía y la de otros, pero para el periodo en el que estamos, ya en los años ochenta, dispongo de abundantes documentos, de modo que puedo reconstruir con todo detalle lo que era mi método. Lo haré utilizando **cinco fuentes documentales**. A partir de ellas veremos que hice **un análisis del contexto** que, por cierto, era a todas luces insuficiente. Luego preparé **un esquema propio** adaptando los de otros autores a mi manera de ver las cosas, condicionada por circunstancias que son, como siempre en toda docencia, no generalizables. Trabajé alejado de la servidumbre de tener que formular objetivos a todas horas, defendiendo la idea de que bastaba con tener claras **unas finalidades muy generales**, y, aunque asumía las incertidumbres inherentes a cualquier propósito de formación humana, no hablaba a humo de pajas acerca de los fines que pretendía, sino que los expresaba **con argumentos sólidos**. Procedí a una reducción drástica de los temas bajo la idea de que hay que **enseñar poco para enseñar bien**. (...) me sentaba en casa y **preparaba cada tema durante horas**, lo que incluía elaborar numerosos **materiales**. Organizaba mi trabajo y el de mis alumnos según **unas actividades pensadas con gran fundamento**, para cuya puesta en escena utilicé **la biblioteca como aula**. **A veces salíamos**, pero nunca con la pretensión de sustituir la cabeza por los pies. Finalmente, cómo no, venían las notas, cosa que el sistema escolar no perdona. He de decir, por último, que en torno a todo ello mantuve **una actitud indagadora**, como correspondía a una profesionalidad siempre en curso, nunca acabada, que era la que defendía. (pp. 250-251)

Cinco fuentes documentales



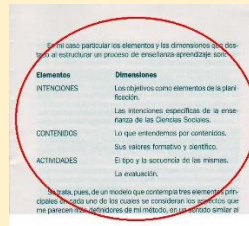
Para hablar del método recurriré a los trabajos de mis alumnos María José Álvarez (cursos 1982-84) y Juan Ramón Pérez (cursos 82-85) [...]
Igualmente volveré sobre la Memoria de Prácticas de mi alumno Isaac Pera [...]
Guardo también las carpetas que llevaba en mi maletín a clase, en las que están los temas preparados, gran parte de los materiales que yo mismo elaboraba y anotaciones varias de desigual interés. [...]
Por último, [...] me referiré a mi trabajo titulado Sobre el desarrollo de un método para la enseñanza de las Ciencias Sociales... (pp. 251-252)

Un análisis de contexto



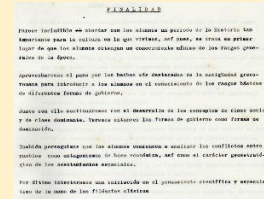
... Considerando el método como un arma de defensa y ataque, sobre todo de los nuevos tecnócratas, ahora progresistas, pero también de los viejos e ingenuos renovadores, es comprensible que, al referirme al contexto en el que se situaba mi propuesta, hiciera referencia a quienes tenía por peores enemigos, que eran los primeros... (p. 253)

Un esquema propio



... Estaba bien así, pues se trataba de dotarme de un esquema sencillo que me permitiera dar cuenta de manera sistematizada de los asuntos en los que principalmente pensaba al preparar mis clases y que, por tanto, estructuraban y caracterizaban mi docencia... (p. 254)

Unas finalidades muy generales



... Ya sé que ahora, cuando escribo esto, el vocabulario en boga utiliza el término "competencias", y que cuando pasen unos años más, será otro el que ocupe su lugar en el escaparate de las modas pedagógicas, pero la escarapata de fondo creo que será la misma: la de si existen o no unos profesores bien preparados como tales, dominadores de los aspectos teóricos y prácticos de su profesión, capaces de poner en su sitio a los burócratas que viven de la palabrera y degradan su función como profesionales y críticos de lo que realmente ocurre en las aulas. (p. 255)

Con argumentos sólidos



Me enfrenté a la pedagogía por objetivos, pero no para dejar de pensar en ellos sino, ya lo he dicho, para evitar el sometimiento a esas tecnologías formales que malbaratán el tiempo de los profesores sin invitarlos a estudiar ni un minuto para que puedan argumentar a fondo lo que dicen cuando hablan de lo que pretenden conseguir con sus enseñanzas. Hablar por hablar, es lo que he visto hacer muchas veces cuando he escuchado a alguien desgranar en decenas de trocitos lo que dice que pretende conseguir en un aula. No era mi caso, y lo fue siendo cada vez menos a medida que mi profesionalidad crecía relacionando las lecturas que iba haciendo con las tareas concretas del aula... (p. 255)

Enseñar poco para enseñar bien



Fue Rafael Altamira quien dijo que había que enseñar poco para enseñar bien, y esa era la idea que tenía en la cabeza cuando procedí a reorganizar los programas oficiales y, sobre todo, a reducir drásticamente los veintitantos o treinta y pico temas que los libros de texto incluían para cada curso, dejándolos en torno a entre cinco y ocho solamente... (p. 256)

Preparaba cada tema durante horas



No pocas noches, las luces del pequeño cuarto de estudio del piso que habitaba eran las últimas del edificio que se apagaban, y no era aquel un inmueble pequeño, pues tenía ocho viviendas por planta y quince plantas de altura. En aquella época seguramente estaba yo en la cohorte de población que más horas trabajaba. Buena parte de ellas, sobre todo las que le robaba al sueño, las dedicaba a preparar las clases. Dormir poco me preocupaba menos que ponerme al día siguiente frente a treinta y tantos alumnos sin haber dispuesto lo que ellos y yo íbamos a hacer y cómo, y sin haber pensado largo y tendido sobre el porqué y el para qué de lo que hicieramos... (p. 257)

Materiales



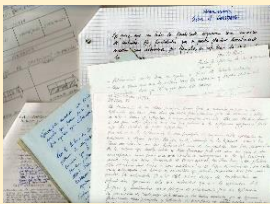
... Guardo aún en un cajón los rotuladores con los que pacientemente dibujaba sobre láminas de acetato, y en mi memoria olfativa permanecerá siempre el fuerte y agradable olor que desprendía su tinta "permanente"... (p. 258)

Actividades pensadas con gran fundamento

Tipo y secuencia	La calificación
Momento I. Autoconciencia de los "libros propios".	Fuente libre por antigüedad del 8000%. Fuente libre por antigüedad del 8000%.
Momento II. Confrontación con contenidos similares. Seguir leyendo en otras áreas significativas.	
Momento III. Adopción a nuevas situaciones. Programa de instrucción del apoyo.	
Momento IV. Autoconciencia del trabajo propio y oportuna oralidad.	

... en absoluto pensaba que hubiera dado con un método que pudiera ser difundido como una "buena nueva". De lo que sí estaba muy satisfecho era de haber encontrado formas de enseñar sobre las que podía dar cuenta con argumentos de diversa procedencia, discutibles en su propio terreno y en el de su utilización en la enseñanza, por supuesto, pero superiores del mero parecer, de la rutina o de la retórica con escaso o nulo fundamento, casi siempre idealista y con frecuencia puramente propagandística. (...) (pp. 260-261)

Una actitud indagadora



En las carpetas donde guardo mis clases preparadas hay numerosas notas manuscritas y otros documentos que acreditan no solo una buena disposición a escribir, sino también una preocupación por saber más acerca de lo que estaba haciendo. Un saber que no buscaba solamente en los libros, sino también mediante la confrontación entre lo que estos decían, lo que yo pensaba y las situaciones de la práctica. Por medio estaba una permanente actividad reflexiva... (p. 266)

La biblioteca como aula



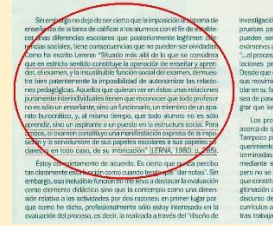
Este es el plano del aula, escenario principal de mi método. Era la biblioteca del centro. Como se utilizaba muy poco, comencé a ocuparla todo el tiempo que estaba disponible. Tuve que conformarme con eso al ver fracasar año tras año mi propuesta de crear un aula-materia, toda vez que en el claustro se imponía el temor al desorden y al ruido en los pasillos, que pronosticaban los más pesimistas si los alumnos salían entre horas de sus aulas... (p. 261)

A veces salíamos



... Salíamos a reconocer en el exterior lo que previamente habíamos estudiado en el aula. Nos acercábamos a las cosas, pisábamos el suelo donde tenían o habían tenido lugar los fenómenos o los hechos, observábamos los procesos o sus evidencias allí donde se daban, nos situábamos en los espacios que habíamos visto solo representados, reconocíamos las huellas o las formas allí donde estaban. Llevábamos previamente estudiado aquello que íbamos a ver, de modo que el conocimiento enriqueciera nuestra mirada... (p. 263)

Las notas



... A mis alumnos en las facultades donde enseñé didáctica, siempre les decía que la evaluación no era una medida sino un juicio [...] que poner notas no se podía considerar, en rigor, un elemento estrictamente didáctico, toda vez que no resultaba imprescindible para enseñar y aprender, sino que era una exigencia del sistema con la que un docente tenía que cargar. Y cargar con ella significaba asumir contradicciones ineludibles. Yo, por ejemplo, suspendía al que no hubiera trabajado al menos un mínimo, sabiendo, sin embargo, que, si indagaba acerca de las causas de su desinterés, a buen seguro encontraría poderosas razones que explicaran su desmotivación para el trabajo escolar. Nunca olvidé que yo había sido mal estudiante, y lo que en ello tuvo que ver la escuela, así que hacía cuanto estaba en mi mano para motivarlos. Mis víctimas a la hora de poner notas coincidieron con mis fracasos en este esencial asunto de la motivación... (p. 266)